

el intelectual taciturno y nostálgico. Si inspiración descansa sobre una invención musical más extensa que la de Vigneault y sus canciones son más melódicas. Su nostalgia natural relaciona al auditorio consigo mismo y desarrolla de esta manera un sentimiento de identidad. Léveillé explota la vena intimista y los lamentos, donde la infancia y el país tienen un lugar importante, donde los sentimientos sirven de vínculo entre las personas aisladas por el frío o la alienación de las ciudades. Léveillé ha puesto música a varios poemas de Emile Nelligan, joven poeta que tuvo una breve y brillante carrera a principios de siglo en Montreal. Esto permitió a Léveillé reunir un auditorio de jóvenes alrededor de un autor gustado y de un tema común: un cierto mal del vivir. Mientras Vigneault canta sobre el placer y la fiesta, Léveillé insiste sobre la dificultad de compartir sentimientos y emociones; todo esto invitando a través de la música a cada oyente a salir de sí mismo para unirse a un auditorio.

A este auditorio encontrado, Jean Pierre Ferland se ha encargado de encantarlos. Y por ello, explota todos los temas, todos los tópicos, hace de la música y la canción como lo que hacen otros al respirar, fluye naturalmente. Tiene el don de interesar a su auditorio y de hacerlo vibrar, ya sea al hablar de rosas, de jardines o de casas. Su mundo es un sueño donde a veces aparece la cruda realidad. Mucho más cerca de un Becaud o de un Trenet que de un Ferré, toca sobre todos los planos y todos los instrumentos de cuerda.

Su lenguaje simple y a menudo popular no es menos portador de una cierta poesía que se expresa en términos familiares a aquellos que la escuchan.



Fabienne Thibault

Francia escucha

Finalmente la música de Quebec debía llegar a los oídos extranjeros. No fue mucho después de que los cantantes franceses se interesaron en esta nueva voz, llena de frescura para ellos. Edith Piaf adoptó los ritmos y las melancolías de Claude Léveillé, Catherine Sauvage realizó varias grabaciones de canciones de Vigneault y le abrió las puertas de París. Mientras que G. Guétary añadía a su repertorio algunas canciones de Ferland. Las intérpretes canadienses, como Pauline Julien y Monique Leyrac, por no nombrar más que a las más conocidas, harían también el papel de embajadoras de la nueva canción quebequense en los escenarios extranjeros.

La industria disquera y los centros de reunión de cantantes tuvieron un desarrollo sin prece-



Diane Dufresne

dentes, ya que los cantantes y letristas proliferaron. Claude Gauthier, Serge Brousseau, George Dor y varios otros formaron el trío de primogénitos. Después vinieron Charlebois (Robert) y su amigo Yvon Deschamps. Hicieron entrar al mundo de la canción todo el aporte americano de los años sesenta.

Esto fue un impacto. No era la contracultura sino una revolución menos tranquila que la precedente. Esta vez, el lenguaje se adelantó un paso mientras el ritmo subió disparado. Esta revolución musical se apoyó indirectamente en el nacimiento de una literatura más o menos marginal, la del grupo de toma de partido, la del dramaturgo Michel Tremblay, quien adoptó el